

REER
Revista Electrónica de Educación Religiosa
Vol. 5, No. 2, Diciembre 2015, pp. 1-24
ISSN 0718-4336 Versión en línea

Biblia y astronomía: Copérnico, Galileo y la verdad de la Escritura

Gabriel Lobos*

Resumen

Por más de cuatro siglos, los cristianos hemos sido testigos del divorcio y los profundos desencuentros que se han producido entre la ciencia y la teología, entre los aportes y descubrimientos científicos y las reflexiones teológicas, principalmente las surgidas en el ámbito bíblico. Incluso más, pareciera que no sólo hemos asistido a un divorcio, sino a una exclusión permanente y, por momentos radical, entre la Biblia y las ciencias, entre los fundamentalismos científicos y bíblico-teológicos. Estos fundamentalismos no han permitido comprender que si bien, tanto las ciencias como la exégesis son disciplinas diferentes, ambas se complementan, sin que una o la otra dejen de lado sus lenguajes, objetos de estudio y aportes específicos. En esto último radica el objetivo de este trabajo, es decir, deseamos contribuir a establecer algunos puntos básicos de conexión y complementariedad entre los aportes de la ciencia y los de la exégesis más actual.

Palabras clave: ciencia, exégesis, heliocentrismo, creación, relato sacerdotal

* Profesor de Educación Religiosa para la Educación Media, Instituto Catequístico Universidad Católica. Contacto. Contacto: gabrielslobos@gmail.com

Bible and astronomy: Copernicus, Galileo and the truth of Scripture

Gabriel Lobos

Abstract

For over four centuries, Christians have witnessed the divorce and the deep disagreements that have occurred between science and theology, between the scientific contributions and discoveries and theological reflections, particularly those arising in the biblical field. Even more, we have not only attended a divorce, but a permanent exclusion, at times, between the Bible and science, between scientific and biblical-theological fundamentalism. These fundamentalisms have failed to understand that while both the sciences and exegesis are different disciplines, they complement each other, without one or the other lay aside their languages, objects of study and specific contributions. Herein lies the ultimate aim of this work, that is, we want to help establish some basic points of connection and complementarity between the contributions of science and the latest exegesis.

Keywords: science, exegesis, heliocentrism, creation, priestly account

Biblia y astronomía: Copérnico, Galileo y la verdad de la Escritura

Gabriel Lobos

Introducción

Durante siglos los cristianos hemos sido testigos de profundos desencuentros entre la teología y la ciencia, entre las interpretaciones bíblicas, las reflexiones surgidas de dichas interpretaciones y los descubrimientos científicos llevados a cabo, fundamentalmente, por la física, la química y la biología. Prácticamente, durante cuatro siglos (ss. XVI-XX), la teología y la ciencia parecieron no encontrarse y, a la vez, excluirse mutuamente. Sea por parte de los teólogos, sea por parte de los científicos, dichos desencuentros han llevado a una separación, que por momentos ha sido radical y extrema, entre los aportes que nos han otorgado las ciencias respecto a la comprensión de la realidad y las que nos ha entregado la teología, fundamentalmente desde la Sagrada Escritura.

Hoy podemos apreciar, con un poco más de claridad, que dichos conflictos se han producido principalmente por fundamentalismos, tanto teológicos como científicos, pero, además, porque dichos fundamentalismos, que han pretendido defender verdades absolutas, no nos han permitido ver puntos tan básicos y simples como que el lenguaje, el enfoque, el método, el objetivo y el objeto de estudio, entre la teología bíblica y la ciencia, son diferentes, aunque complementarios, y que, tanto los aportes bíblicos como los científicos, son sólo acercamientos a la verdad y no su aprehensión total y absoluta. Y, además, no se ha comprendido con suficiente celeridad, en el caso de la teología bíblica, que los aportes y descubrimientos científicos

resultan muy útiles y necesarios para su desarrollo, aunque a la inversa no lo sean tan directamente.

En este trabajo queremos contribuir a establecer algunos puntos básicos de conexión entre los aportes científicos y los aportes bíblico-teológicos que nos permitan apreciar la importante complementariedad que puede desarrollarse entre ambos. Para ello, apelaremos a la historia y a los aportes de dos de los representantes más excelsos que nos han brindado las ciencias, pero también a los aportes que nos entrega la teología bíblica actual. Por supuesto que en un trabajo como éste, por sus características, no podemos recurrir a explicaciones detalladas y minuciosas, pero sí recurriremos a elementos generales que nos permitan lograr nuestro cometido. Quedará, entonces, en manos de nuestro(a) lector(a) el profundizar lo que aquí sólo se aborda desde generalidades, pues lo que más nos interesa, insistimos, es establecer algunos puntos de conexión que nos permitan observar la complementariedad que puede existir –y a nuestro parecer existe– entre la ciencia y la teología bíblica

Nicolás Copérnico y un revolucionario descubrimiento

Pues bien, comenzando entonces desde una perspectiva histórica, uno de los primeros conflictos de gran magnitud que se produjo entre la teología bíblica y la ciencia, es el que tuvo que enfrentar la Iglesia con la astronomía en los inicios del siglo XVI. Siendo, paradójicamente, el responsable científico de dicho conflicto, un sacerdote católico polaco llamado Nicolás Copérnico (1473-1543). A través de diversas investigaciones, Copérnico sostuvo que la Tierra no estaba en el centro del universo y que, por lo tanto, los demás planetas y el Sol no giraban en torno a ella, tal como se creía hasta entonces, sino que era la Tierra la que giraba alrededor del Sol y que era éste el que estaba en el centro de nuestro sistema planetario. Esta revolucionaria

afirmación fue el culmen de 25 años de estudios e investigaciones (1507-1532), los cuales se plasmaron finalmente, en el año 1532, en la elaboración de su libro *De revolutionibus orbium coelestium* (*La revolución de los cuerpos celestes*). Sin embargo, por diversos factores, Copérnico guardó silencio y no se decidió a publicarlo.

Uno de estos factores, tal vez el más relevante, tiene relación a que fue consciente de que su libro tenía ideas profundamente revolucionarias para su época. No se trataba simplemente de decir dónde estaba la Tierra o el Sol, es decir, no se trataba de un problema puramente astronómico, sino de un problema teológico y, a la vez, antropológico, pues el resultado de sus investigaciones contradecía la concepción y la cosmovisión bíblica-teológica del universo que primaba en Europa. En aquel momento, se pensaba que la Tierra estaba en el centro de todo nuestro sistema planetario porque el hombre era el centro de la atención divina, según los relatos del libro del Génesis. Dios había creado todas las cosas, había preparado todo, dejando la Tierra en el centro, porque todo estaba hecho para el ser humano, el cual era lo más extraordinario y magnífico de la creación. Entonces, el postular que la Tierra no es el centro de nuestro sistema planetario, sino un planeta secundario más que da vueltas, como muchos otros, alrededor del Sol, no sólo rompía el paradigma astronómico de la época, sino el paradigma antropológico y teológico, lo cual era mucho más complejo. Los descubrimientos de Copérnico rompían así con siglos de tradición bíblica-teológica y con las ideas de Aristóteles que, desde muy antiguo, venían proponiendo también al hombre como centro antropológico de todo lo existente.

Pero hubo, además, una segunda razón por la cual Copérnico guardó silencio y tuvo miedo de publicar su libro. Y es que hace pocos años, el 31 de octubre de 1517, Lutero había clavado en la catedral de Wittenberg sus 95 tesis, produciendo un enorme revuelo en toda Alemania y Europa. Como

sabemos, la exposición pública de las 95 tesis y la posterior excomunión de Lutero produjo un clima de sisma en la Iglesia y en la sociedad europea, y un recelo por toda idea nueva o novedosa, sobre todo si ellas contradecían lo sostenido por la Iglesia. Ello hizo que Copérnico se mantuviera reticente a publicar su libro, no queriendo irritar ni molestar a nadie. Guardó su libro prácticamente por diez años hasta que se enfermó gravemente y sólo al final de su vida, estando en su lecho de muerte, decidió publicarlo. Paradójicamente el primer ejemplar de su libro le llegó a su cama el mismo día que falleció. Así, el 24 de mayo de 1543 moría Copérnico, pero veía la luz su revolucionario libro y, con él, sus fascinantes postulados y descubrimientos.

No obstante, Copérnico murió sin ser consciente de la revolución que acababa de provocar. Es más, murió sin tener la conciencia que había descubierto la teoría heliocéntrica, la cual, hasta el día de hoy, es una de las teorías más importantes de la ciencia occidental.

Galileo Galilei y la comprobación de la teoría heliocéntrica

La teoría de Copérnico habría quedado como una simple hipótesis sino hubiera sido por otro astrónomo, un físico y matemático, posterior a él, Galileo Galilei (1564-1642). Copérnico no había podido comprobar su teoría, por tanto, ésta revestía un carácter puramente teórico, y no la había podido comprobar porque no contaba con los materiales e instrumentos necesarios para aquello. Sin embargo, Galileo se encontró en condiciones muy diferentes.

En el año 1609 le llegó a Galileo la noticia que se había inventado un nuevo aparato óptico llamado telescopio, el cual consistía en un juego de lentes con los cuales era posible amplificar la visión. Galileo, que conocía el libro de Copérnico, sus investigaciones y postulados, hizo traer un

telescopio, lo amplificó y perfeccionó, y, en vez de utilizarlo para objetivos militares, tal como se había pensado hasta ese entonces, decidió dirigir el telescopio hacia el cielo. De esta manera, la noche del 6 de enero de 1610, por primera vez en la historia, un ser humano miraba el cielo con “los ojos” del telescopio y descubría cosas increíbles e insospechadas. Galileo fue el primero que pudo ver, con mentalidad moderna, los cielos como nunca nadie los había visto y lo que descubrió fue asombroso.

Descubrió que los cielos no eran perfectos como se creía hasta ese momento; descubrió que la luna no tenía una superficie pulida y perfecta como se pensaba, sino que tenía baches, tenía montañas, cráteres y valles; descubrió que el Sol, símbolo de la perfección máxima y de la incorruptibilidad cósmica, tenía manchas y no era perfecto; descubrió que Venus tenía fases diferentes y que no siempre se veía la misma, lo cual venía a decir que Venus no giraba alrededor de la tierra, sino alrededor de algo distinto; y descubrió miles de estrellas que no se podían ver a simple vista. Con todos estos asombrosos descubrimientos, entre muchos otros, Galileo comprendió que tenía un material suficiente para comprobar la teoría de Copérnico y para exponer otros postulados similares. Decidió, entonces, en marzo de 1610, publicar un libro que contuviera el resultado de sus descubrimientos. Es así como vio la luz su primera obra *Siderus nuncius* (*El mensajero de las estrellas*), dejando en claro dos ideas muy importantes.

La primera de ellas fue confirmar lo expuesto por Copérnico años antes en cuanto a que la Tierra gira alrededor de otro centro, el Sol, y que no es éste y los demás planetas los que giran en torno a ella. Y, la segunda, fue la idea que postulaba que las leyes que rigen el movimiento de los astros en el cielo son las mismas que rigen el movimiento de los objetos en la tierra. Es decir, no habría las dos esferas postuladas por Aristóteles, donde una sería la esfera terrestre, en la que todo es corruptible, transitorio y perecedero, y una esfera perfecta en el cielo, regida por leyes distintas y más perfectas.

Galileo, por el contrario, sostuvo que son las mismas leyes las que rigen el cielo y la tierra, pues ambos tienen la misma materia y la misma corruptibilidad. Podemos imaginar, entonces, el revuelo y el escándalo que produjeron las ideas de Galileo a niveles sociales, científicos y, sobre todo, eclesiales. Nuevamente, aunque esta vez de manera empírica y definitiva, se contradecían los postulados bíblico-teológicos que hasta ese entonces habían construido y constituido el paradigma antropológico y religioso de Europa. Con los descubrimientos de Galileo nada volvería a ser como antes y las interpretaciones bíblicas sufrían un revés impensado.

Ello llevó a que, en el ambiente eclesial, se sostuviera de manera radical que las ideas de Galileo eran un atentado a lo que la Biblia decía y a lo que las ideas teológicas afirmaban. De esta manera, poco tiempo después de la publicación de su libro, en el año 1616, el Vaticano, a través del Santo Oficio, el cual era el encargado de velar por la pureza de las ideas, comunicó e hizo públicas varias condenas: en primer lugar, condenó el libro de Copérnico, *La revolución de los cuerpos celestes*; en segundo lugar, condenó el libro de Galileo, *El mensajero de las estrellas*; en tercer lugar, condenó y prohibió cualquier libro futuro que se publicara en esta línea; y, en cuarto lugar, obligó a Galileo a abjurar y a retractarse de sus ideas. Galileo guardó silencio y se mantuvo fiel a lo señalado por el Santo Oficio, sin embargo, en 1623 ocurrió un hecho profundamente alentador para él. Luego de la muerte de Gregorio XV (1623) fue nombrado papa su amigo, el cardenal Maffeo Barberini (1568-1644), quien asumió el pontificado como Urbano VIII (1623-1644). Barberini no sólo era amigo de Galileo, sino que como obispo siempre aprobó y alentó sus ideas.

Ante la envergadura de los acontecimientos Galileo se sintió alentado a publicar, en el año 1632, un segundo libro, más voluminoso que el anterior, llamado *Dialogo sui massini sistemi* (*Diálogo entre los dos sistemas más grandes del universo*). En este libro Galileo desarrolla un diálogo entre dos hombres,

dos personajes ficticios, uno que defendía el sistema geocéntrico y otro que defendía el sistema heliocéntrico, donde, como es de esperar, este último destrozaba argumentalmente al primero. La publicación del libro de Galileo produjo tanto admiración como críticas y agravó la ya profunda crisis teológica que había en el seno de la Iglesia desde los estudios de Copérnico. De esta manera, se consideró, ya no sólo únicamente a niveles eclesiales sino también sociales y de acuerdo a la interpretación de entonces, que los postulados bíblicos de que el ser humano y la Tierra eran el centro del universo y lo más excelso e importante de la creación de Dios, eran erróneos y no tenían sentido, ya que todo apuntaba a que la Tierra era un planeta más entre muchos otros y que el Sol era el verdadero centro del sistema planetario. Unido a ello, y para complejizar aún más las cosas, los adversarios de Galileo le señalaron al papa que el personaje del libro que defendía el geocentrismo y que quedaba en ridículo por la inconsistencia de sus argumentos era un personaje inspirado en él, con lo cual, el papa, junto con molestarse profundamente con Galileo, rompió su amistad con él.

Así, un año más tarde, el 22 de junio de 1633, Galileo fue llamado a Roma a escuchar la sentencia del Santo Oficio. El argumento bíblico que esgrimieron los cardenales para condenar los postulados de Galileo, y con ellos la teoría heliocéntrica, fue el famoso pasaje del libro de Josué sobre la batalla de Gabaón (cf. Jos 10, 6-15). En este pasaje, que nos narra parte de los acontecimientos vividos por Josué al momento de conquistar la tierra prometida, se logra apreciar un hecho asombroso, tan asombroso que fue considerado como uno de los textos bíblicos que comprobaba la teoría geocéntrica, teoría que durante siglos defendió la Iglesia producto de su interpretación literal de la Escritura. Recordemos este pasaje:

Los gabaonitas mandaron a decir a Josué al campamento de Guilgal: 'No dejes solos a tus siervos; sube aprisa donde nosotros, sálvanos y socórrenos, porque se han aliado contra nosotros todos los reyes

amorreos que habitan en la montaña'. Josué subió de Guilgal con toda la gente de guerra y todos los guerreros valientes. Entonces Yahvé dijo a Josué: 'No les temas, porque los he puesto en tus manos; ninguno de ellos te podrá resistir'. Josué calló sobre ellos de improviso, tras haber caminado toda la noche desde Guilgal.

Yahvé los desbarató ante Israel, que les causó una gran derrota en Gabaón: los persiguió por el camino de la subida de Bet Jorón y los fue destrozando hasta Azecá (y hasta Maquedá). Y, mientras huían ante Israel por la bajada de Bet Jorón, Yahvé lanzó desde el cielo sobre ellos hasta Azecá un gran pedrisco, que acabó con ellos. Y fueron más los que murieron por el pedrisco que los que mataron los israelitas a filo de espada. Entonces, el día en que Yahvé entregó a los amorreos en manos de los israelitas, habló Josué a Yahvé, en presencia de Israel. Dijo:

'Detente, sol, en Gabaón,
y tú, luna, en el valle de Ayalón'.

Y el sol se detuvo y la luna se paró hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos.

Como bien se sabe, esto está escrito en el libro del Justo. El sol se paró en medio del cielo y no tuvo prisa en ponerse como un día entero. No hubo día semejante ni antes ni después, en que obedeciera Yahvé a la voz de un hombre. Es que Yahvé combatía por Israel. Josué volvió con todo Israel al campamento de Guilgal" (Jos 10, 6-15).

Con este pasaje los cardenales del Santo Oficio argumentaron que si el sol fue detenido en Gabaón es porque gira alrededor de la Tierra, pues, de lo contrario, Josué habría pedido a Yahvé que la Tierra se detuviera, no el Sol y la luna. Junto a ello, además, el argumento de los cardenales adquirió proporciones superlativas al recordarle a Galileo que la Biblia es Palabra de Dios y como tal no puede contener errores, por lo tanto, este pasaje más los pasajes de la creación del libro del Génesis dejaban claro que la Tierra era el centro de nuestro sistema planetario y el ser humano la creatura más importante de la creación. Cómo podía ser entonces que un telescopio y los postulados de un ser humano contradijeran la Palabra de Dios.

Con tales acusaciones sobre sus hombros Galileo escuchó el castigo impuesto por el Santo Oficio: prisión domiciliaria y el cese definitivo de sus investigaciones. Unido a ello, y luego de escuchar la sentencia, los cardenales

le presentaron a Galileo un escrito para que lo leyera en voz alta y lo firmara.

Galileo queriendo ser fiel a la Iglesia lo hizo. El escrito señalaba lo siguiente:

Yo Galileo Galilei, florentino, de 70 años de edad, habiendo sido citado personalmente a juicio y arrodillado ante vosotros, eminentísimos Cardenales, teniendo ante mí los Sagrados Evangelios que toco con mis manos, juro que siempre creí, creo ahora, y creeré en el futuro, cuanto enseña la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Pero... yo me he convertido en altamente sospechoso de herejía por enseñar la doctrina de que el sol está inmóvil y en el centro del mundo, y que no es la Tierra la que está fija en el centro. Queriendo borrar de la mente de vuestras Eminencias y de todos los cristianos católicos esta fuerte sospecha, justamente lanzada contra mí, con el corazón sincero y auténtica fe, yo abjuro, maldigo y renuncio a todos los errores y herejías mencionados, y a cualquier otro error contrario a la Santa Madre Iglesia, y juro no enseñarlos oralmente ni por escrito. Que así me ayude Dios, y los Sagrados Evangelios que tengo en las manos.

Luego de haber leído en voz alta dicha declaración y de haberla firmado, se cuenta que Galileo al llegar a la puerta de la sala para retirarse, se dio vuelta, miró a los asistentes y murmuró: "*Eppur, si muove*" (¡Y sin embargo se mueve!). Con ello se escribía en las páginas de la historia humana el desgarrador grito de quien es obligado por quienes detentan un poder dominante –el cual, siempre teme perder sus privilegios y lucha por imponer lo que considera como verdades absolutas para mantener dichos privilegios– a abjurar de sus creencias, pero que, sin embargo, internamente es testigo de algo mayor que no se puede borrar o apagar por cualquier tipo de fundamentalismo.

Ante los acontecimientos que hemos mencionado en los puntos anteriores cabe preguntarse quién tiene la razón, la Biblia, interpretada como lo hacían los cardenales del Santo Oficio o Galileo. Respondamos a aquella pregunta paso a paso, esperando con ello poner, de alguna manera, las cosas en su sitio, para que así, a su vez, surja la complementariedad entre la ciencia

y la teología bíblica que buscamos en nuestro trabajo. Pero antes de responder la pregunta mencionada debemos hacernos otras: ¿qué ocurre con los relatos de la creación del libro del Génesis? ¿Debemos deducir de ellos que efectivamente la Tierra y el ser humano son el centro de la creación, tal como se sostenía en la época de Copérnico y Galileo? ¿Qué ha señalado la teología bíblica luego de los descubrimientos de Copérnico y Galileo? Tratemos de responder estas preguntas para luego preguntarnos qué fue lo que pudo haber ocurrido en la batalla de Gabaón y, de esta manera, saber quién tiene la razón, Galileo o la Biblia.

Dos relatos, muchas contradicciones

A partir de Galileo resultó imposible, en el campo de la teología bíblica, no leer la Biblia con nuevos ojos y a la luz de los nuevos descubrimientos científico-astronómicos, no con el fin de buscar concordancias o para “superar” dichos descubrimientos, sino para buscar lo más fielmente posible lo que los autores de los textos bíblicos querían decir o enseñar. No obstante, los viejos relatos bíblicos, leídos desde una nueva óptica, produjeron enormes sorpresas para los estudiosos, a tal nivel que aquellos viejos relatos parecían completamente nuevos a la luz de los descubrimientos científicos.

Fue así como comenzaron a aparecer “contradicciones” y “errores” en los relatos bíblicos en general y en los relatos de la creación en particular. Por ejemplo, en el primer relato de la creación que nos presenta el libro del Génesis (Gn 1, 1-2, 4a) –relato que era la base del paradigma bíblico-teológico tanto del geo como del antropocentrismo europeo de aquel entonces–, se descubrieron profundas contradicciones internas y, muchas más aparecieron cuando se comparó este relato de la creación con el segundo relato que nos presenta el mismo libro (Gn 2, 4b-25). No obstante, es menester, para el

fin de nuestro trabajo, centrarnos únicamente en el primer relato, aunque no es estéril realizar una mirada general a las contradicciones entre ambos.

Pues bien, los estudios exegéticos actuales son, prácticamente unánimes, en cuanto a que el libro del Génesis presenta *dos* relatos *distintos* de la creación, los cuales habrían sido escritos en épocas históricas diferentes, con al menos tres o cuatro siglos de diferencia. Una de las teorías –aunque no unánimemente aprobada por todos los estudiosos bíblicos–, que han pretendido comprender estas diferencias ha sido la “teoría de las fuentes” o “teoría documentaria”. Ella ha pretendido explicar la redacción, no sólo del Génesis, sino del Pentateuco, en base a diversas escuelas. Esta teoría, que se impuso a fines del siglo XIX entre los críticos, tiene su mayor influencia en los trabajos de Graf y de Wellhausen. Plantea que el Pentateuco habría sido el producto de la recopilación de cuatro escuelas distintas que se agruparon alrededor del año 400 a. C. Estas escuelas serían: la *yahvista* (*J*), escrita en el reino del Sur alrededor del año 950 a. C., y que en el relato de la creación usa el nombre de Yahvé para referirse a Dios; la *elohista* (*E*), escrita en el reino del Norte alrededor del año 750 a.C. y que designa a Dios con el nombre de Elohim¹; la *deuteronomista* (*D*), escrita alrededor del año 700 a.C., durante, o tal vez luego, del reinado de Josías y su reforma; y la *sacerdotal* (*P*), escrita a la vuelta del destierro en Babilonia, aproximadamente en el año 500 a.C.

Entonces, de acuerdo a la teoría documentaria, los estudios bíblicos han sostenido que los dos relatos de la creación están ubicados en el libro del Génesis, de acuerdo a su fecha de redacción, de manera invertida. Es decir, el primer relato (Gn 1, 1-2, 4a) habría sido escrito por la escuela sacerdotal alrededor del año 500 a. C., mientras que el segundo (Gn 2, 4b-25) sería más antiguo, y habría sido escrito por la escuela yahvista alrededor del año 950 a. C. Ello explicaría las numerosas diferencias entre ambos relatos. Por

¹ A raíz de la ruina del reino del Norte, ambos documentos (*J* y *E*) habrían sido refundidos en uno solo alrededor del año 700 a. C.

ejemplo, el relato sacerdotal presenta la creación en seis días, mientras que el yahvista en uno; en el relato sacerdotal el ser humano es lo último que Dios crea, mientras que en el yahvista es lo primero en ser creado; en el relato sacerdotal Dios crea al hombre y la mujer al mismo tiempo, mientras que en el yahvista Dios crea primero al hombre, luego la creación como tal, y finalmente a la mujer, de la costilla del varón; en el relato yahvista se menciona el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal, en tanto que el relato sacerdotal no menciona estos árboles tan relevantes. Éstos son sólo algunos ejemplos que nos muestran las diferencias profundas de ambos relatos, pero, en lo que respecta a nuestro trabajo, nos concentraremos en un breve análisis del primer relato, el relato sacerdotal. Entonces es menester preguntarnos ¿qué ocurre con el relato sacerdotal?, ¿es posible encontrar diferencias o “errores” internos?

Gracias a los descubrimientos astronómicos que siguieron a Galileo y a la lectura crítica de la Biblia que surgió posteriormente de ellos y que se mantienen hasta nuestros días, se descubrieron muchos errores en la Biblia en general y en el primer relato de la creación en particular. Uno de estos errores se puede apreciar cuando el relato sacerdotal nos señala que en el primer día de la creación Dios creó el cielo y la tierra. Dios dijo: “Haya luz”, y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien y la separó de la oscuridad, de esta manera llamó día a la luz y noche a la oscuridad (cf. Gn 1, 1-5). Sin embargo, es en el día cuarto cuando Dios crea el sol (cf. Gn 1, 14-20) y, como sabemos, la única fuente natural de luz que posee nuestro sistema planetario es el sol, de hecho, a nuestro sistema planetario se le denomina “sistema solar”, precisamente por la relevancia que tiene el sol en él. Entonces, cómo pudo crear Dios el primer día la luz y el cuarto día el sol.

Un segundo error lo podemos descubrir al momento que el relato sacerdotal sostiene que Dios creó, en el día tercero, toda vegetación: hierbas que dieran semillas y árboles frutales que dieran fruto según su especie, con

su semilla dentro, sobre la tierra (cf. Gn 1, 11-13). Pero, nuevamente, debemos recordar que es en el cuarto día cuando Dios crea el sol, y hoy sabemos que ninguna planta y ningún árbol podrían sobrevivir sin sol.

Finalmente, el relato sostiene que en el cuarto día Dios creó luceros en el firmamento celeste, para separar el día de la noche y para que sirvieran de señales para solemnidades, días y años y para alumbrar sobre la tierra, luego, hizo los “dos luceros mayores; el lucero grande para regir el día y el lucero pequeño para regir la noche, y las estrellas” (Gn 1, 16). Sin embargo, hoy sabemos que tanto el Sol como la Luna no son los dos luceros más grandes del sistema solar. Hay estrellas muchísimo más grandes que el Sol y, por su puesto, que la Luna, que por lo demás, no es una estrella.

Bueno, valgan estos sucintos ejemplos para señalar cómo y por qué, la teoría heliocéntrica de Copérnico y Galileo, echaban por tierra no sólo la interpretación bíblica de aquel entonces, sino también la cosmovisión y el paradigma teológico, astronómico y antropológico imperante, el cual se sustentaba, como hemos señalado, en los relatos bíblicos. Pero ¿qué podemos decir, entonces, pues todo parece indicar que Galileo tenía razón y la Biblia estaba en un profundo error?, ¿qué debemos creer; existe alguna respuesta? Los estudios bíblicos actuales nos señalan que sí existe, veámosla.

Un relato que surgió en tiempos de una dolorosa crisis

El relato sacerdotal fue escrito, al parecer, en el año 500 a. C., tal como lo hemos señalado en los párrafos anteriores, y nace en un período de dolorosa crisis para el pueblo de Israel. En efecto, luego de la muerte de Salomón (aproximadamente en el año 931 a.C.) el reino de Israel, unificado anteriormente por David, se divide en dos: el reino del Norte, cuya capital fue Samaria; y, el reino del Sur, cuya capital fue Jerusalén. No obstante, en el

año 721 a. C. el reino del Norte sufre la invasión de los asirios y Samaria es sometida al imperio. Años más tarde, en torno al año 587 a. C. los israelitas fueron invadidos nuevamente por el imperio hegemónico de entonces, esta vez son los babilonios quienes, junto con derrotar a los asirios y anexar a su imperio el reino de Norte, dominan también al reino del Sur. Es de esta manera como, una vez conquistada Jerusalén, capital del reino del Sur, Nabucodonosor exilió a gran parte del pueblo hebreo a Babilonia, comenzando con ello una de las etapas más dolorosas del pueblo de Israel y una de sus crisis teológicas más profundas.

Al llegar a Babilonia muchos israelitas se encontraron con un país profundamente distinto al suyo, un país próspero, de enormes y hermosas construcciones, cuya magnificencia se apreciaba en cada uno de sus rincones. Un país que en nada coincidía con la pequeñez y humildad de la tierra de Palestina. Ello trajo consigo muchas preguntas al interior de los israelitas. ¿Cómo es posible que Yahvé, siendo el Dios más grande de todos, nos tenga viviendo en una tierra tan humilde y pequeña como Israel, y, en cambio, los babilonios tengan un país tan extraordinario? ¿Es posible que Jerusalén, la ciudad santa donde habita Yahvé, sea más pequeña y más insignificante que la gran y suntuosa Babilonia? ¿Por qué el templo de Jerusalén es infinitamente más pequeño que los imponentes templos babilonios?

Ello generó una profunda crisis en los judíos exiliados y un profundo desconcierto, el cual se resumía en la siguiente pregunta: ¿¡Acaso Yahvé, nuestro Dios, no es el Dios más grande y poderoso de todos!?

Como es de esperar, el pueblo de Israel en masa comenzó a abandonar la fe en Yahvé y asumió la fe y la religión babilonia. Ello llevó a los sacerdotes hebreos exiliados, quienes en ese momento guardaban y trataban de mantener el depósito de fe de Israel, a replantearse su fe y, a la vez, dada las características de la crisis, a replantearse el relato yahvista de la creación, pues se comprendió que este relato había apuntado a una crisis

anterior y que la historia política-religiosa del pueblo de Israel planteaba ahora, en medio de un doloroso exilio, una nueva crisis y, por lo tanto, había que replantearse las cosas. Entonces, poco a poco comienza a surgir un nuevo relato de la creación con un nuevo objetivo y a la luz de las nuevas circunstancias. Este relato trató de hacer frente a la teología babilonia imperante y argumentó su teología de manera radical, pretendiendo enseñar a los exiliados y a todos los israelitas, que Yahvé, Dios de Israel, es el único Dios existe. Veamos como el autor sacerdotal planteó las cosas.

Los babilonios creían, fundamentalmente, en dos dioses, un dios del bien y un dios del mal, es por ello que hay cosas buenas y malas en el mundo. Pues bien, ante esta creencia, el autor del relato sacerdotal de la creación sostiene que todo ha sido creado por Dios y que como tal todo es bueno. Así, al concluir cada día de la creación, el relato afirma: “y vio Dios que era bueno”. El autor desea, de esta manera, anteponer a la idea teológica babilonia de los dos dioses, la nueva idea de que sólo existe un Dios y que todo lo creado por él es bueno y muy bueno.

Los babilonios, además, creían que muchos de los elementos que encontramos en la naturaleza, el sol, los árboles, los ríos, las estrellas, eran también divinidades y, como tal, les rendían culto. El autor del relato de la creación desecha, por supuesto, esta teología y lo hace describiendo minuciosamente cómo es Dios quien crea estos elementos, con lo cual viene a decir que nada de ello es divino, sino que son simples creaturas hechas por Dios. La luna, el sol, las estrellas, los árboles y todos los animales son creaturas de Dios, no son divinidades, por lo tanto, no se les puede rendir culto alguno. Pero, además, el autor lo hace desde un gran detalle, no nombra al sol como “sol” o la luna como “luna”, es decir, con un nombre propio, sino simplemente como los dos luceros mayores, con lo que viene a decir que tanto el sol como la luna son dos luceros dentro de muchos otros y que si son mayores que el resto no es más que para orientar al ser humano

en festividades y para alumbrar durante el día y la noche según corresponda, son luceros que están al servicio del ser humano, no son divinidades (cf. Gn 1, 16).

Los babilonios trabajaban los siete días de la semana, no tenían descanso porque en su mayoría eran esclavos. Ahora, si bien las obras de la creación son ocho en el relato, el autor las hace calzar en seis días, para con ello señalar que Dios, en seis días creó todo lo existente y al séptimo cesó su trabajo. Por lo tanto, si Dios no trabajó luego de seis días, el ser humano debe hacer lo mismo. Nadie debe trabajar en desmedro de su vida, afectando con ello su bienestar (cf. Gn 2, 2-3). Los babilonios creían que los seres humanos habían sido creados por una “teomaquia”, es decir, por una lucha entre dioses. Creían que al comienzo del mundo hubo una lucha entre dioses donde los vencedores, con la sangre de los derrotados, habrían creado a los seres humanos. Lo cual supondría que tanto el hombre como la mujer serían el producto de la muerte de dioses malvados, serían seres creados con la sangre de éstos mezclada con tierra. En cambio, el autor del relato de la creación, nuevamente, desea negar esta creencia y es por ello que sostiene de manera explícita y radical que, al momento de crear a los seres humanos, Dios señala: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra” (Gn 1, 26). Es decir, Dios crea a los seres humanos a su imagen para que todos y todas, sin exclusión, tengamos su misma dignidad. Y, luego de ello, lo confirma, al señalar que Dios vio que todo no sólo estaba bien, sino “muy bien” (Gn 1, 31).

Con todos estos detalles, el autor sacerdotal quiso proponer un nuevo modelo teológico, a través de un nuevo relato, para solucionar la crisis de fe que el pueblo de Israel estaba viviendo en el exilio de Babilonia. Con lo cual, podemos comprender que no quiso escribir un relato científico o astronómico que demostrara cómo Dios creó el universo y mucho menos un relato que quisiera exponer cómo la tierra era el centro del sistema planetario

porque en ella vive el ser humano. Absolutamente alejado de ello estaba nuestro autor, jamás fue ésa su intención. Lo que el autor del relato sacerdotal de la creación busca con su texto es superar la dolorosa crisis histórica, religiosa y política que vivía Israel en el exilio.

Es por ello que cuando aproximadamente en el año 400 a. C. se recopilaron todas las tradiciones para conformar el actual Antiguo Testamento, quienes realizaron esa recopilación no tuvieron problema en conservar ambos relatos de la creación, tanto el yahvista como el sacerdotal, pues ambos muestran verdades de fe distintas, escritas en diversas épocas históricas y para solucionar diversas crisis. Sin embargo, estas verdades de fe fueron poco a poco perdiéndose en occidente, porque se interpretaron a la luz de la filosofía y de la epistemología greco-latina. Y como ella se expresa con la exactitud literal, fue de esa manera como se interpretó la Biblia. La interpretación literal de la Biblia produjo el olvido y la tergiversación de las profundas verdades de fe que los autores de los relatos bíblicos quisieron dejarle a su pueblo en contextos históricos determinados. Si bien, por motivos de espacio y por la especificidad de nuestro trabajo, sólo dimos un vistazo muy general al relato sacerdotal y no al relato yahvista, creemos que ello es suficiente para indicar que *no* debemos buscar en la Biblia verdades científicas o astronómicas, pues nada nos dice la Biblia sobre esto. La Biblia es un libro de fe y como tal debemos interpretarlo, pues en ello, en esas verdades, para nosotros cristianos, la Biblia es infalible e inerrante. Aunque, como sabemos, son verdades de fe situadas históricamente, pues la revelación de Dios es histórico-progresiva y llega a su culmen con Jesucristo (cf. DV 4).

El relato sacerdotal nos deja muchas de esas verdades de fe y los estudios bíblicos han permitido ir, poco a poco, recuperando esas enseñanzas. Así, hoy podemos comprender que el autor del relato sacerdotal de la creación no quiso jamás decirnos cómo Dios creó el mundo, mostrando

con ello una teoría científico-astronómica, sino una solución teológica a una dolorosa crisis. Y es de esta solución desde donde se desprenden hermosas verdades de fe: (a) sólo existe un Dios, quien ha creado todo lo existe y lo ha creado bien y muy bien; (b) nada de lo creado, ningún elemento natural sea el sol, la luna, árboles o animales, representan una divinidad, todo es creación de un único Dios para que el ser humano pueda desarrollarse y plenificarse a través de ellos, pero no sometiéndolos indiscriminadamente, sino desarrollándolos, buscando así el bienestar propio de la creación y con él, el bienestar humano en perfecto equilibrio; (c) este Dios creador ha santificado un día luego de finalizar su obra, de la misma manera el ser humano debe detener sus jornadas laborales, nadie puede obligar a otros seres humanos a trabajar indiscriminadamente, afectando con ello negativa e incluso humillantemente la vida del trabajador(a); (d) los seres humanos son imagen y semejanza de Dios, y aunque no estemos en el centro del universo o del sistema solar (qué importa eso por lo demás) tenemos la misma dignidad de Dios, pues él nos la ha regalado, por lo tanto, nadie es dueño de ningún ser humano y nadie puede dominar, someter, oprimir o explotar a otro ser humano, somos todos iguales en dignidad y cada vez que deseemos buscar una imagen de Dios la podemos encontrar en nuestros hermanos y hermanas de humanidad, por ello, los israelitas no tienen imágenes de Dios, es el ser humano su imagen, pero no algunos seres humanos, sean reyes, faraones o mandatarios, sino *todos* los seres humanos, hombres y mujeres, sin exclusión alguna.

Dios ha preparado la creación paso a paso, como un Padre prepara las habitaciones y la casa para recibir a sus hijos e hijas, y todo lo ha preparado bien, para que el ser humano se plenifique y sea feliz en comunión con otros seres humanos y con la propia creación. Aquí no hay una interpretación de cómo Dios creó el universo, el mundo o el sistema solar, ello es lo más alejado de lo que quiso dejar este gran y genial autor, pero sí

hay hermosas enseñanzas teológicas. El mérito, el gran mérito de los estudios bíblico-teológicos que surgieron luego de los descubrimientos científicos astronómicos de Copérnico y Galileo, al poner en crisis interpretaciones literales de la Biblia como lo hemos visto en los apartados anteriores, han permitido recuperar, luego de un largo caminar que aun hoy no concluye del todo, los contextos históricos, religiosos y políticos conjuntamente con los géneros literarios a la vez que las ideas genuinas que los autores bíblicos quisieron dejarle a su pueblo y comunidades en determinadas épocas históricas. Insistimos, ninguno de los relatos de la creación pretenden contarnos cómo Dios ha creado el mundo, tampoco desean decirnos que la Tierra es el centro del sistema solar y mucho menos explicarnos una teoría científica o astronómica, sino que han dejado un mensaje teológico y de fe.

Luego de haber expuesto todo esto estamos en mejores condiciones de explicar, también a la luz de los descubrimientos bíblicos actuales y desde una perspectiva general, qué podría haber ocurrido en la batalla de Gabaón y con ello comprender que Galileo efectivamente tenía la razón, porque la Biblia, para nosotros cristianos, siempre dice la verdad. Veámoslo.

Galileo tenía razón, pues la Biblia dice siempre la verdad

Los estudios exegéticos actuales han descubierto, junto a lo expuesto en los apartados anteriores, que el denominado “libro del Justo” citado en el relato de la batalla de Gabaón (cf. Jos 10, 13) correspondería a una colección de poemas, entre los cuales se encontraban las palabras de Josué: “Detente, sol, en Gabaón, y tú, luna, en el valle de Ayalón”, sin embargo, estos poemas no contenían los detalles de la batalla. Sabemos por la Biblia que el libro del Justo contenía, además, el canto fúnebre pronunciado por David cuando murió el rey Saúl y su hijo Jonatán (cf. 2 Sam 1, 17-27), la oración que

pronunció Salomón al inaugurar el templo de Jerusalén (cf. 1 R 8, 22-53), y muchos otros poemas atribuidos a distintos héroes de Israel².

Al no contener los detalles de la batalla, sino sólo las palabras de Josué, con el paso del tiempo se olvidó el contexto en el cual dichas palabras habían surgido. Y cuando en el siglo VI a. C., es decir, aproximadamente seiscientos años después del hecho histórico, se escribió el libro de Josué y la batalla de Gabaón, como sólo se conservaban las palabras “Detente, sol, en Gabaón”, se pensó que lo que Josué pedía era que el sol se detuviera en el cielo y siguiera brillando, cuando en realidad lo que Josué habría pedido era que el sol no saliera³. Pues al parecer, lo que realmente ocurrió en la batalla de Gabaón no habría sido que el sol brilló más de lo acostumbrado, sino, por el contrario, que no hubo sol.

Josué con su ejército, luego de marchar toda la noche, cayó por sorpresa sobre los sitiadores a la madrugada, en el mismo momento en que una fuerte tormenta de granizo se abatía sobre el terreno (cf. Jos 10, 11). Al ver aparecer imprevistamente a las tropas de Josué por el este, el ejército de los cinco reyes se desbandó y emprendió la retirada en dirección al oeste, hacia el valle de Ayalón, donde le dio alcance el ejército israelita. Cuando la batalla promediaba, la tormenta que había nublado el cielo ese día había cesado, y el sol amenazaba aparecer con toda su fuerza por entre las nubes que ya se iban abriendo. Entonces Josué rezó para que no saliera el sol en Gabaón, es decir, para que el día continuara nublado, a fin de evitar el fuerte calor y hacer que sus hombres pudieran combatir mejor con el fresco de la jornada⁴.

Por haber creído erróneamente que Josué lo que pedía era que se detuviera el sol y no que éste en realidad no saliera, el autor del libro de Josué

² Cf. Álvarez, Ariel. “Galileo Galilei y el sol de Gabaón”. *Mensaje* 482 (1999). p. 13.

³ Cf. *Ibid.*

⁴ Cf. *Ibid.* p. 12-13.

agrega luego: “El sol se paró en medio del cielo y no tuvo prisa en ponerse como un día entero. No hubo día semejante ni antes ni después” (Jos 10, 13-14). El poema citado por el autor del libro de Josué está sacado de contexto, ello se advierte porque no encaja en el relato. En efecto, en el versículo 12 leemos: “habló Josué a Yahvé, en presencia de Israel. Dijo:”, pero a continuación no se dirige a Yahvé, sino al sol, para decir: “Detente, sol, en Gabaón”. Esto comprueba que las palabras de Josué no formaban, en un comienzo, parte del relato, sino que fueron agregadas posteriormente por el autor, quien relató los hechos interpretándolos a luz de las palabras de Josué⁵.

En este relato, como en muchos otros, la Biblia no contiene verdades históricas, tal como concebimos los relatos históricos en la actualidad. Es muy probable que históricamente haya ocurrido efectivamente una batalla en Gabaón y que Josué con el ejército israelita hayan sido los vencedores. Sin embargo, el autor del libro de Josué no quiere relatar, seiscientos años después de ocurrida la batalla, los acontecimientos históricos factuales de ella, no quiere relatar a sus contemporáneos el detalle de lo que allí ocurrió. El autor del libro de Josué desea decirle a su pueblo que, detrás de cada victoria israelita al momento de entrar en la tierra prometida, Yahvé los acompañaba y estaba junto a ellos.

Galileo estaba en lo cierto y tenía razón, el Sol está en el centro de nuestro sistema planetario y no la Tierra. Y es ésta la que gira en torno al Sol. La Biblia no es un libro de astronomía, como lo vimos en los apartados anteriores y tampoco un libro de ciencia, en ello no radica su verdad, su inerrancia y su infalibilidad. La verdad de la Biblia y su infalibilidad radica, para los creyentes, en las verdades de fe que contiene. Es en esas verdades donde la Biblia es infalible y no contiene errores. El autor del libro de Josué

⁵ Cf. *Ibid.* p. 13.

jamás escribió aquel relato para decirle a sus contemporáneos –y mucho menos para decirnos a nosotros hoy– que es el Sol quien gira alrededor de la Tierra, sino para que sus contemporáneos recordaran que en todas las conquistas y vicisitudes que ha vivido Israel durante su historia, Yahvé siempre ha estado a su lado, acompañándoles y ayudándoles.

Es por ello que las palabras de Juan Pablo II fueron elocuentes aquel 31 de octubre de 1992 cuando, ante la Pontificia Academia de las Ciencias, reconoció que la Iglesia se había equivocado al condenar a Galileo, reivindicando con ello la portentosa figura del genial florentino, con lo cual se cerró una herida que había permanecido abierta durante 350 años. Sin embargo, más elocuentes fueron las palabras del propio Galileo frente a los miembros del Santo Oficio antes de su condena: “No busquen astronomía en la Biblia. Porque ella no pretende decirnos cómo marchan los cielos, sino cómo marchamos nosotros hacia el cielo”⁶. Y es en estas palabras donde los cristianos podemos encontrar una gran enseñanza al momento de leer, estudiar e interpretar la Biblia. Una enseñanza que de haber sido escuchada, tanto por los cardenales como por los científicos en el siglo XVII, habría impedido el divorcio que han sufrido los estudios científicos y los estudios bíblico- teológicos por casi cuatrocientos años. Galileo tenía la razón, por la seriedad y genialidad de sus estudios y porque la Biblia, en cuanto a verdades de fe y no en cuanto a verdades científicas y astronómicas, dice siempre la verdad.

⁶ Cf. *Ibid.*